

# Memória

---



## AMÍLCAR LOBO Y LA MEMORIA DEL TORTURADOR\*

---

*Néstor Alberto Braunstein*

Doutor em Medicina e psicanalista pela Escuela Europea da Psicoanálisis (filial Espanha). Professor na Universidade Nacional Autónoma do México. Membro titular da Asociación Filosófica de México.

E-mail: nestor.braunstein@gmail.com

Pocas, si es que alguna merecedora de un estudio específico, son las memorias o autobiografías de los adherentes a los procesos represivos en América Latina y (casi) no hemos encontrado autobiografías de torturadores (RIVAS, 1981)<sup>1</sup>. Sin embargo, “casi” porque hay una notable excepción de la que nos vamos a ocupar por su valor histórico y psicológico, aunque el libro en cuestión carece por completo de méritos literarios, que tampoco pretende tener. Me refiero a “*La hora del lobo, la hora del carnero*”, de Amílcar Lobo (1939-1997) publicada en portugués en Petrópolis, Rio de Janeiro, Brasil (LOBO, 1989) y traducida al español en Córdoba, Argentina (LOBO, 1989/1998), con un escuálido y casi clandestino tiraje de 200 ejemplares<sup>2</sup>. Lobo fue un médico y psicoanalista que participó en la Sociedad de Psicoanálisis de Rio de Janeiro (SPRJ) (era “candidato” desde 1968) y llegó a ser el motivo de un insólito escándalo internacional a partir de la revelación, en 1973, de que participaba en los equipos de tortura del Ejército Brasileño, actividad en la que persistió durante cuatro

---

\* Este ensayo y relato de caso forma parte de una trilogía de libros dedicados a la memoria. El primero, *Memoria y espanto, o el recuerdo de infancia* (México: Siglo 21, 2008) fue traducido y editado en inglés (*Memory and dread, or the childhood memory*. Nueva York: Jorge Pinto, 2010). La traducción al francés (por Jacque Nassif) aparecerá en París: Stock, 2011. El segundo, *La memoria, la inventora* (México: Siglo 21, 2008) está ya traducido al inglés y espera su aparición en esa lengua y en francés. El tercero, *La memoria del uno y la memoria del Otro* – aun inconcluso, aunque ya muy avanzado en su elaboración – aborda el tema de las relaciones entre la memoria del individuo, la memoria colectiva y la historia como disciplina de discutible cientificidad. Este artículo forma parte de una discusión acerca del hecho notable y obvio, poco tratado, de la memoria de los derrotados en las sociedades post-dictatoriales. Los estudios, los ensayos, las novelas, los testimonios, son siempre abundantes en la perspectiva de las víctimas, pero poco se sabe acerca de la memoria de los adherentes, muchas veces millones, muchas veces integrantes de una clara mayoría de electores de regímenes “democráticamente” investidos de poder que, activa o pasivamente, participan o son cómplices de actos criminales de lesa humanidad.

1 No nos ha sido dable consultar este texto escrito por un desertor de las fuerzas armadas del Uruguay. Por referencias, sabemos que se trata de un torturador arrepentido de sus acciones.

2 Los números de página que siguen entre paréntesis corresponden, salvo indicación en contrario, a esa publicación.

años (de 1970 a 1974, según sus “memorias”). Cuando murió, había sido expulsado tanto de la lista de candidatos de la SPRJ (en 1980) como del Consejo Regional de Medicina de Río de Janeiro (en 1986).

Las páginas del libro de Lobo, penosamente redactadas, excusadoras y autocompasivas, oscilando entre la confesión y la acusación a quienes lo increpan por aquello que él mismo confiesa, son un documento valioso no tanto en el nivel personal que, en definitiva, poco importa, sino porque la simplicidad de sus defensas y los defectos de su prosa dan pie para vislumbrar los mecanismos que inducen al silencio a todos los que, como él – ¡y fueron miles y siguen entre nosotros! – participaron en esas actividades, torturaron, asesinaron, violaron, robaron los niños recién nacidos de las mujeres presas y muchas veces ejecutadas por ellos, arrojaron “desaparecidos” al mar o los enterraron en lugares no señalados. No interesan tanto las atrocidades perpetradas por el Aspirante (aspirante a oficial) Lobo (cuyo “nombre de guerra” era “doctor Carneiro”) como las maneras en que este hombre sin atributos, este banal malefactor que reúne todos los rasgos que Hanna Arendt identificó en Adolf Eichmann y en los burócratas al servicio de las dictaduras –diciéndose extraño a los acontecimientos en los que participó – justifica sus tropelías y termina por considerarse una marioneta movida por infaustas circunstancias en las que no tuvo responsabilidad, alega que fue injustamente tratado y se siente víctima de una conspiración para arruinarlo. Lobo pretende haber sido herido, humillado, “chivatizado” y torturado – ¡él! – por sus víctimas. Su historia es ejemplar, pues ilustra el drama de la memoria de los verdugos.

¿En qué se distingue Amílcar Lobo de los miles y miles de represores? En que él fue, para su desgracia, descubierto por los “colegas” de su otra profesión, la de psicoanalista, y en haber sido el objeto de un duro debate entre aquellos que lo encubrían y defendían y aquellos que lo denunciaban y lo despreciaban. ¿A él? No. No a él, sino a los presuntos principios y valores que él habría encarnado. No sabríamos nada de Lobo ni de sus actividades si, como los otros miles de todas las latitudes, hubiese seguido moviéndose como un miembro más de la policía militar, encubierto por los demás integrantes del equipo de tortura y si no hubiese sido denunciado por “trabajadores de la salud mental” disidentes de la institución oficial (LANGER, 1974) (del mismo modo en que nada sabríamos de Eichmann si no fuese por su captura que hizo que su caso “saliese a la luz”). Su particularidad, su desgracia, fue la de no haber

pasado desapercibido como el resto de los miembros de su cuartel. Si redacta en tono apologético sus “confesiones”, no es por afán de “confesar” hechos que lo avergüenzan, sino para defenderse de sus acusadores.

El “caso Lobo”, como dijimos, fue arduamente discutido por razones que interesan a la identidad misma de los psicoanalistas. ¿Son incompatibles, como en este caso, la actividad del torturador por las mañanas y la del “médico de almas” por la tarde? ¿O, por el contrario, la ética de un “profesional del inconsciente” impone la abstinencia rigurosa de los juicios valorativos y la consagración irrestricta a la escucha neutral de cuanto le confía el analizante? ¿O impera quizás una ética del psicoanálisis que sería presuntamente superior a la de la profesión y que es la del ciudadano? La discusión de estos interrogantes es trascendental para la comprensión de la práctica psicoanalítica y el debate entre los seguidores de Freud fue acalorado a tal punto que sus ecos aun no terminan de resonar<sup>3</sup>. Sin embargo, no es ese nuestro tema y habremos de abandonar de inmediato y mal que nos pese la seductora perspectiva de abordarlo.

Lo que nos importa en este ensayo es el carácter excepcional del opúsculo de Lobo dentro de su género, el de la autobiografía; en este caso, las “memorias” de un personaje transformado *malgré lui* en “hombre público” que escribe para salvar su lugar en la historia y en la opinión de sus contemporáneos.

Amílcar Lobo (que hoy rondaría en los 75 años de edad) era el hijo ilegítimo que tuvo un médico con una mujer que impuso a su vástago el deber de guardar el secreto “vergonzoso” de su filiación. El padre murió cuando Amílcar tenía 13 años y decidió que también él estudiaría medicina. Supuestamente para no revelar “el estigma” (p. 29) de sus orígenes no se presentó en debido tiempo para hacer el servicio militar. En 1969, con sus estudios de medicina muy avanzados, cuando desde hacía años imperaba el régimen dictatorial en Brasil (1964-1985), en circunstancias confusas que parecen ligadas al fatídico secreto que la madre se empeñaba en guardar, por razones administrativas, fue alentado por un capitán a ingresar a las fuerzas armadas de su país, donde podría terminar sus estudios, recibir instrucción militar, regularizar su situación por haber faltado a sus obligaciones con el ejército y servir luego como médico. Es así como se alistó en el ejército y se destacó durante el entrenamiento (“el sexto entre treinta y seis”), según consigna con orgullo no exento de ingenuidad (p. 30).

3 Ver acerca del particular: Allouch (1997); Volnovich (1999); Vianna (1998); Sladogna (2000); Dubcovsky (1984).

Es en ese tiempo que “inicié mi formación psicoanalítica con análisis individual y clases teóricas” (p. 89). Más adelante, nos enteramos que “mi inscripción como candidato en la Sociedad Psicoanalítica de Río de Janeiro fue en 1968, algo más de un año antes del inicio de mi Servicio militar” (p. 107) (¿cómo, si todavía no era médico?) y tuvo que “ponerse en manos” de los analistas didactas que decidieron quién habría de ser su analista: “Así es como los analistas didactas adquieren un poder enorme, un monopolio estructural inquebrantable dentro de las sociedades psicoanalíticas, muy próximo al de los jefes religiosos del judaísmo” (p. 106), después de haber aclarado que “no me estoy colocando en una posición antisemita, puesto que yo mismo estuve casado con una mujer de origen judío” (p. 105). Al igual que en el ejército, también en la SPRJ, Lobo fue un aspirante-candidato destacado y orgulloso de sus calificaciones: “era el mejor alumno de un grupo de dieciocho psicoanalistas” (p. 63).

Su vida, según relata, cambiaría inesperadamente en 1970: tras haber concluido su preparación militar, desde el primer día de sus actividades en el cuartel, “fue llevado”, sin ningún aviso ni consentimiento de su parte, a presenciar actos de tortura y a evaluar el estado físico de los presos sometidos a tormento. Escribe que su reacción fue de profundo rechazo físico y mental.

Entonces me surgió la idea de desertar y evadirme a otro país, idea que luego abandoné, pues esto desarticularía totalmente mi esquema de vida, familiar y profesional, por un tiempo que no podría prever. Era casado, tenía cuatro hijos, estaba en formación psicoanalítica, y estos valores correspondían a una decisión tomada en un momento crucial de mi vida. No existía ningún pretexto para contrariar esta decisión. En ningún momento pude imaginar que prestar mi Servicio Militar podría conducirme a una situación tan abrumadora. Escuché decir en la Facultad que las personas detenidas por las Fuerzas Armadas sufrían malos momentos (*maus bocados* – tragos amargos) pero nunca pensé que eran tantos y que esos tragos amargos fueron las torturas más repugnantes posibles (...) ¿A quién podría denunciar este estado de cosas? ¿Qué autoridad en este país me escucharía y tomaría alguna providencia? Pensé, pensé y volví a pensar sin encontrar una respuesta satisfactoria. Al día siguiente volví al cuartel... (p. 32)

A partir de ese primer día, cuando sintió “que entraba en una pesadilla sin fin” (p. 31), sus actividades se volvieron rutinarias y atendió a personas mutiladas, violadas, salvajemente golpeadas por los torturadores e incluso a asesinatos a mansalva de prisioneros que eran ejecutados ante sus ojos, descuartizados y dispersados sus pedazos para enterrarlos al costado de carreteras de poco tránsito. Aceptó actuar con ropas de civil, callar los nombres de los oficiales torturadores, mantener el secreto de su propio

nombre, no indagar por los de sus “pacientes” y mantenerse siempre “frío y distante” (p. 34). Esos adjetivos reaparecen páginas después, después de relatar la muerte tras las torturas atroces sufridas por un ex-diputado de izquierda (Rubens Paiva), cuyo nombre “se eternizó en mi memoria”:

Después de este episodio tan impactante y brutal, al que asistí como médico, una revuelta se declaró en mi cabeza, con una fuerza enorme, inusitada. Ya que tenía que permanecer un año como médico en la Policía del Ejército, atendiendo innumerables presos, maltratados, torturados y hasta muertos, no me involucraría emocionalmente, ni con los oficiales ni tampoco con los presos. Buscaría mantenerme frío, distante, inmune a cualquier sentimiento. Fue una decisión muy amarga y me consumió, estoy seguro, años de vida. (p. 39)

Me había creado un escudo protector que me envolvía en cada momento que tenía que atender a un preso salvajemente torturado. Era un mecanismo de defensa muy primitivo, pero me confería una cierta paz interior, lo que permitía dar una continuidad a mi vida profesional y afectiva apenas dejaba el cuartel. (...) Cuando a las 11 de la mañana terminaba mis tareas, salía apresuradamente del cuartel, almorzaba afuera, y me dirigía a la Clínica San Román, donde era director clínico y atendía a niños enfermos mentalmente. A las 17 horas estaba en el consultorio atendiendo adultos hasta las 21 horas. Este era mi ritmo de vida. (p. 45)

Hace, sin embargo, en medio de los horrores que describe, una – a nuestros ojos, muy llamativa – demanda relacionada con algo que le preocupa y a la que sus superiores acceden: que no se le llame “aspirante Lobo” sino “doctor Lobo”. Observa con satisfacción: “desde ese momento en adelante el comportamiento del coronel y de casi todos los oficiales subalternos cambió radicalmente y pasé a ser tratado como un igual, lo que aun hoy me parece sorprendente” (p. 35).

Mientras tanto avanza en su formación como psicoanalista – ¿no se requiere también ahí que uno se mantenga “frío y distante”? – En el ejército (concretamente en el “Pelotón de Investigaciones Criminales” – PIC), seguía siendo presionado, según dice, para asistir a las sesiones de tortura e incluso se le pide, en algún momento, “que dé clases sobre métodos de interrogación a presos políticos” (p. 53).

Fue entonces (agosto de 1973) cuando se reprodujo en un libro publicado en Buenos Aires al que ya hemos mencionado la denuncia anónima aparecida en un diario clandestino de Brasil (*Voz Operária*) de las actividades de Amílcar Lobo Moreira en el “acompanhamento” de los torturados con una nota manuscrita al pie de la copia del texto en la que se señala que “es candidato de la Sociedad Psicoanalítica de Rio

de Janeiro”. Como habría de demostrarse después, incluso tomando un estudio grafológico como prueba, la autora de la denuncia que llegó a los psicoanalistas argentinos (Marie Langer y Armando Bauleo) fue Helena Besserman Vianna, militante de izquierda y analista miembro de la Sociedad rival de la de Lobo que es la Sociedad Brasileña de Psicoanálisis. Es a partir de la publicación en *Questionamos* (LANGER, 1974) que podemos hablar de un “caso Lobo”. La denuncia llegó hasta las autoridades de la Asociación Psicoanalítica Internacional (IPA) y sus autoridades tomaron cartas en el asunto, pidieron informes a la SPRJ y al analista didacta de Lobo, presidente de esa institución, Leão Cabernite, quien le anunció en medio de una sesión “que era mejor que yo suspendiera mi terapia con él porque debería tomar una serie de medidas burocráticas” (p. 91). Lobo nuevamente “piensa mucho” (como después del primer día en el cuartel) y decide desvincularse de la Sociedad y de su candidatura a psicoanalista, aunque se lamenta por la “inversión muy grande que hice en mi formación psicoanalítica” (p. 92.). Sus pacientes, nos informa, fueron abandonando sus tratamientos. Más tarde, en 1975, solicitó su readmisión y se le concedió en 1976. De todo modo, en 1980, cuando la dictadura brasileña había aflojado su dominio sobre la ciudadanía y el caso de Lobo era ya público, se resolvió excluirlo definitivamente de la Sociedad Psicoanalítica.

En febrero de 1981, al terminar su jornada de trabajo en el consultorio donde continuaba atendiendo, se presentaron ante él tres personas, una de las cuales, una mujer, le preguntó si no la reconocía, si no se acordaba de haberla atendido en Petrópolis. La memoria dormida se despertó en él y pudo revivir los momentos en que asistió a esa mujer, por entonces muy joven, en la “Casa de la Muerte”, donde había sido brutalmente torturada y presentaba “gran pérdida de tejidos del abdomen” (p. 24). Los otros dos visitantes eran un diputado y una reportera de una revista de circulación nacional. La respuesta inicial fue de pavor por “el riesgo de una violenta represalia”. Sufría ante “la posibilidad de una *crucifixión* sin recurso alguno para defenderme” (p. 24) pero se alivió cuando “la entrevista *felizmente* terminó”. Al día siguiente a la noche “constato, nuevamente, visitas *indeseables* que llenan la sala de espera: unas quince o veinte personas que, al verme se aproximan, me cercan, gesticulan y exigen. Es una verdadera *tortura*” (p. 25). ¿Qué sentía en ese momento Amílcar Lobo? Sus palabras son insustituibles: “mi consultorio, mi santuario, invadido, mi vida despedazada en jirones, mi profesión, tan primorosamente construida, destrozada, mis emociones hechas harapos (sic)” (p. 25).

Lobo insiste en la figura de la “crucifixión” y en la identificación con Cristo (lo repite en p. 127). En ese tono se expresa de ahí en más: “me siento aterrado, en un sepulcro, hasta el último momento de mi vida, desconforme con esta corona de espinas, lucharé contra esta crucifixión” (p. 22), “soy un hombre destruido” (p. 22), “el drama crucial por mí vivido”, “sufrí la invasión de innumerables ex-presos políticos” (p. 13) “fue un martirio inolvidable” (p. 26), padecía por el “recuerdo muy doloroso y cruel” de las cosas que vio (p. 33), se sentía perseguido por los oficiales del ejército debido a lo que él pudiese revelar (p. 78) y cruelmente atacado en su vida afectiva y profesional (p. 75). Los amigos a los que ayudó se alejaban de él sin darle la oportunidad de explicarles y defenderse (p. 90), sufría de depresiones y de un estrabismo deplorable (p. 86), su esposa lo abandonaba (p. 96) y, tras un segundo matrimonio, los hijos que tuvo con su primera mujer se alejan de él (p. 96), más adelante la nueva pareja también fracasa (p. 103), aunque asume que en este caso la responsabilidad es suya, “porque nunca conversamos ni discutimos antes del casamiento acerca del peso que cargaba dentro mío en relación al tiempo en que serví en el Ejército” (pp. 102-103), la analista que denunció sus actividades en el PIC era “la autora de aquella infamia” (p. 93). “Transformaban mi vida en un verdadero suplicio, en una cámara de torturas medieval, acusándome a cada instante sin escucharme siquiera” (p. 104), lo vivido en esos cuatro años era “un clima que hería profundamente el centro de mi ser” (p. 125) y “desde 1973 pasé a vivir una persecución constante como si yo fuese el único responsable de todas las tragedias vividas en la arbitrariedad de los calabozos de la represión política” (p. 127).

Es por esto que el caso de Lobo es ejemplar. Los freudianos han hablado siempre de la identificación con el agresor, casos en que la víctima actúa del mismo modo en que su verdugo. Pero se conoce poco (quizás por la ya referida escasez de los testimonios) de la identificación masoquista del verdugo con la víctima. Veamos un ejemplo: el *pãu de arara* es un tormento ideado por los torturadores brasileños: se ata al preso por las muñecas y los tobillos a un palo y después se lo levanta a una altura conveniente para golpearlo, patearlo, empalarlo, etc. Lobo relata su encuentro con una joven de 22 años que pasó tres días amarrada al horrible aparato (p. 33) y luego se representa a sí mismo como el “crucificado” por haber sido testigo de estas barbaridades y haber seguido “conviviendo” (p. 101) con los torturados y torturadores, por supuesto, sin el menor gesto de resistencia, sin abandonar los lugares, sin denunciar al mundo estas tropelías. Oigamos su queja: “Preferible mil veces una sesión de interrogatorio en el

*pau de arara* o un simulacro de asfixia por inmersión a esta tortura de esperar todo ese tiempo la resolución prometida. Fue como recibir, tras cuatro años, golpes y patadas en la cara” (p. 98).

¿Qué le había sucedido, qué motivaba esta identificación con las víctimas? Tan solo el estatuto público que había tomado su caso y las sanciones que debió afrontar.

Cuando Lobo se transforma en denunciante no lo es de los militares brasileños y sus métodos sino de la conspiración contra él en la que participan la psicoanalista que envía el informe a la Argentina (y que posiblemente fue quien se enteró de sus actividades y las transmitió a los militantes del grupo que editaba *Voz operária*); ella es la denunciante de los funcionarios de la Asociación a la que él pertenecía y permite que se escuche a las víctimas enfurecidas y a los medios que hicieron una propaganda sensacionalista en torno al “psicoanalista torturador”. El destacado sacerdote (Jonas Rezende) que en 1989 presenta la autobiografía de Lobo escribe “a modo de prefacio” que “no es posible olvidar que muy pocos son inocentes en los acontecimientos que el libro registra” (p. 18) y no deja de señalar a los cómplices:

Su analista, sabiendo el drama que ocurría, también se calló. Cuando no se calló, lo defendió. La Sociedad Psicoanalítica conoció algunas denuncias contra él, pero no tomó las actitudes que podríamos esperar de una sólida institución en los días oscuros de la dictadura. Fue preciso que llegara la apertura política y las distensiones de nuestra discutible *Nova República* para que sus colegas del Colegio Regional de Medicina lo condenasen públicamente con una inhabilitación profesional totalmente descolocada en el tiempo. ¿No fueron cómplices, acaso, aquellos que fingieron que no pasaba nada en los subterráneos de la dictadura y que, ciertamente, preferían que Amílcar Lobo se callase para siempre? Después de todo el pueblo alemán comenzó a expiar sus culpas cuando aceptó la responsabilidad colectiva frente a las atrocidades del nazismo. (p. 18)

La culpabilidad atribuida al personaje del Lobo Carneiro es tanto individual como colectiva. No anda descaminado Lobo cuando dice que sus actividades en el Pelotón de torturas eran conocidas por todos en la asociación de la que formaba parte y que, en su momento – y da los nombres –, todos, didactas, supervisores, compañeros de estudios, sabían de su doble actividad y no encontraban motivo de escándalo:

Durante la mayor parte de mi vida militar yo divulgué, hablando y contando, la mayoría de los acontecimientos que presencié en la Policía del Ejército. En esas ocasiones, los colegas, de un modo general, comentaban estos relatos en tono de una graciosa broma o apenas oían, callando tristemente después de hacer comentarios sin mayor importancia. (p. 104)

En la misma página de su libro, Lobo comenta que:

(...) la sociedad brasileña entera adoptaba ese mismo modelo, sustentado fundamentalmente en el miedo y en un enorme sentimiento de culpa, cuyo origen, probablemente, descansaba en la aquiescencia de casi todos los brasileños frente a la invasión militar en la política nacional. (p. 104)

Al igual que la sociedad los psicoanalistas adoptaban un comportamiento incierto, dividido en numerosas facetas, marcadas por ese miedo y esa culpa. “Tantos habían torturado y asesinado a tantas personas en este país y, ahora, yo iba a pagar por todos ellos” (p. 116).

En cuanto al significado político de la tortura, Lobo es ambiguo. “No soy y nunca fui militar” (p. 110) dice para nuestra sorpresa olvidando quizás que antes informó que era Teniente Primero Médico (p. 27; p. 82) y que, por no haber sido militar (?), no puede “evaluar métodos para conducir una rápida y eficaz victoria en esta lucha (...) para eliminar este estorbo cultural y social (“los llamados subversivos”) pero “resulta claro que las torturas y los asesinatos de presos permitió (*sic*) a las Fuerzas Armadas un rápido y relativo éxito, pero el precio que pagó (*sic*) fue altísimo, y creó ante la Historia (*sic*) un estigma que permanecerá para siempre”.

Sus expresiones no son las de un observador excepcional y por eso mismo es que alcanzan un enorme valor, porque manifiestan de modo sintomático la relación de la sociedad entera con los crímenes que se cometen. No advierte hasta qué punto su testimonio es ejemplar y excepcional:

De cualquier manera, quiero destacar que nuestro soldado siempre estuvo muy dividido en sus actividades “antisubversivas”. Esa es la razón por la que, aun creyendo que sus prácticas eran necesarias y hasta aceptables, ninguno tendrá el coraje de confesarlas públicamente. Esas cosas, y esos hombres nunca deberán salir del rincón del alma (*sic*). Es aplastante saber, sin embargo, que los torturadores eran aplaudidos por sus compañeros de cuartel y premiados con la medalla del “Pacificador”. (p. 111)

Estar “dividido” es la condición natural de quien participa en actividades criminales que son requeridas y hasta premiadas en un tiempo y luego condenadas, cuando la historia ha cambiado las maneras en que ella misma habrá de escribirse, y llega el momento de juzgar el pasado. Es lo que sucede con las sociedades post-dictatoriales y ello no se le escapa al hombre cualquiera, ejemplo de la banalidad del mal,

imposibilitado para pensar, que es el Teniente Lobo (como el *Obersturmbannführer* Eichmann)<sup>4</sup>. Ellos insisten en que sus acciones no pueden ser juzgadas, pues no las realizaban de manera premeditada, sino que iban siendo dictadas por el curso de acontecimientos que no hubieron podido modificar. Lobo sabe – algo aprendió en su pasaje por el psicoanálisis – que la excusa de no haber sido consciente de algo no excluye la participación del deseo inconsciente: “me transformé, no sé si por deseo propio o por un mero azar, en la persona encargada de pagar la culpa inmensa en el momento político que se estableció en Brasil a partir de 1964” (p. 22).

Pocos casos en la historia ilustran mejor la *Spaltung* del yo como este relato del caso del Lobo-Carneiro que el propio autor hace culminar con la fábula homónima de Esopo (p. 129). En lo más recóndito de su ser está horrorizado; en lo público se mantiene “frío y calculador” (p. 47). “La imposibilidad de establecer los límites entre la fantasía y la realidad me conducía a una febril actividad física y mental. Llegué a extender mis actividades más allá del límite de lo soportable, quizá porque esta medida aliviaba la situación de vértigo en que me hallaba” (pp. 61-62).

El protagonista de esta historia, tan funesta como ejemplar, es el paradigma de la disociación. Se vislumbra que alcanza el acmé de la tragedia cuando inadvertidamente llega a confesar el goce concomitante a esa disociación:

Es imposible estructurar una personalidad que, en la mitad del día, esté obligada a convivir con la tortura y que, en la otra mitad, deba atender, con mucho amor, a sus pacientes en un consultorio psicoanalítico. Sería un comportamiento monstruoso. Si hubiese en mí, realmente, una inclinación hacia la vida militar, no dudo que elegiría, sin pestañear, la Escuela de Salud del Ejército y que, en poco tiempo, disfrutaría del ambiente que experimenté en los cuatro años en que servía a mi Patria amada e idolatrada. (p. 126)

“Sería un comportamiento monstruoso” es la manera en que él puede conjugar, no lo que “sería” sino lo que “fue” su existencia durante esos cuatro años de “servicios a la Patria”. Fácil es el camino de enumerar las expresiones sintomáticas de la disociación en el texto de *La hora del lobo, la hora del carnero*. Un estudio de los adverbios que revelan su incertidumbre y los pensamientos en sentido contrario subyacentes a la

---

4 Creo que la expresión “banalidad del mal” se presta a un malentendido. El mal nunca es banal, los que son banales son los personajes, los hombres y mujeres sin atributos que se prestan a cometerlo, la serie de racionalizaciones por las cuales cualquiera con una envidiable “salud mental” como la de Eichmann se asegura de que hace el mal no por su propio goce sino por el bien de los demás, por la necesidad de comer, por la seguridad de la familia, por la hermosa carrera en la institución.

escritura sería apasionante y quizás, también, superfluo, después de las abundantes citas que hemos realizado con la intención de mostrar cómo funciona la disociación en las sociedades post-dictatoriales cuando alguien es llamado a dar un testimonio, un testimonio que se brinda como confesión personal pero que trasunta su carácter colectivo en muchos momentos del texto. El caso paradigmático sirve, en el nivel de lo social, para desplazar sobre un individuo singular la culpa por un período histórico, pero también para mostrar, en filigrana, como marca de agua invisible, la complicidad de la colectividad entera a través del apoyo pasivo, a través de los medios de comunicación, a través del silencio y a través de las conveniencias económicas y sociales, del apoyo casi unánime a las dictaduras. Esto que expongo y sostengo acerca de ciertas sociedades que atraviesan períodos dictatoriales puede extenderse a su vez, del mismo modo, a aquellas que se permiten juzgar y “chivatizar” a las otras desde la posición privilegiada de quienes no han tenido que afrontar conflictos similares o que pasan por víctimas y no por verdugos en las fáciles atribuciones de culpabilidad. Si el teniente Lobo es el lugar de condensación de las culpas de una sociedad pasiva, tolerante y sostenedora de la dictadura, si Eichmann ha sido tomado y ha funcionado como representante de la culpabilidad alemana, ¿no serán ese Brasil y esa Alemania las sociedades que han tenido que admitir sus monstruosidades mientras que las sociedades “eternamente democráticas” (¿es que las hay o las hubo?) albergan los gérmenes de los mismos comportamientos individuales y colectivos? ¿Es tan solo un cómodo expediente para lograr una hipócrita absolución de sí mismos el desplazamiento de la culpa sobre los regímenes despóticos para explicar, por su condición de detonadores, las aberraciones que yacen latentes en millones de banales funcionarios del sistema burocrático, de tantos Eichmann y tantos Lobo-Carneiro, reales y potenciales, tales como ese personaje ficticio, de la novela de Jonathan Littell, *Les bienveillantes*, que ha sido un oficial nazi, un parricida incestuoso y al que vemos desempeñarse como eficaz administrador de una fábrica textil una vez que el torbellino de la historia ha pasado sobre él y puede volver a la “normalidad” de las sociedades industriales de la Europa contemporánea? De todos modos, nadie puede justificarse diciendo, como Lobo o como Eichmann, “hice lo que cualquier otro hubiese hecho en mi lugar”. Cada uno es responsable del “lugar” en donde se coloca y de la tolerancia ante el sistema de asignación de “lugares” que caracteriza a la sociedad dictatorial *hard* y a la sociedad de la burocracia *soft* de nuestra actualidad corporativa.

Las “sociedades post-dictatoriales” se diferencian de las “normales” (la distinción es relativa y altamente discutible) en que están construidas alrededor de una historia de la que se quiere y no se quiere saber, de secretos encerrados en archivos con claves que restringen el acceso, de biografías de millones de seres que se preguntan si no pudieron hacer otra cosa que otorgar su consentimiento, de presiones de las víctimas que reclaman por la conculcación de sus derechos y de sus bienes y presiones opuestas de los sectores antaño dominantes que invocan la conveniencia de la amnesia y de la amnistía. La sociedad post-dictatorial está desgarrada por una historia que no deja de hacerse presente en la memoria individual y colectiva y de transmitirse a lo largo de generaciones bajo las formas complementarias de la supresión, la represión, la denegación, la forclusión y la desmentida del pasado. Este conjunto de procesos o mecanismos conducen a la escisión (“del yo en el proceso defensivo”, decía Freud) y no puede haber para ello otro “tratamiento” que la canalización de lo escindido, en otras palabras, que de lo acontecido pueda hacerse documento y testimonio después de someterse a la prueba de la interlocución. Por eso nos hemos centrado en las palabras que proceden de los antiguos paladines del mal, aquellos que no quieren expresar lo que recuerdan ni que se les recuerde aquello en lo que fueron actores.

## Referências

- ALLOUCH, J. *L'éthification de la psychanalyse. Calamité*. Paris: EPEL, 1997.
- DUBCOVSKY, S. Psicoanálisis, política y moral. 1984. Disponible en: <<http://www.angelfire.com/ok/AdrianOrtizPoube/eticaanalitica.html>>. Accesado en: 22 ago. 2013.
- LANGER, M. (Org.). *Cuestionamos*. Buenos Aires: Granica, 1974. v. 2.
- LOBO, Amílcar. *A hora do lobo, a hora do carneiro*. Petrópolis, RJ: Vozes, 1989.
- (1989). *La hora del lobo, la hora del carnero*. Trad. C. Etchegoyen. Córdoba: Edelp, 1998.
- RIVAS, H. G. *Confesiones de un ex-torturador*. Barcelona: Laia, 1981.
- SLADOGNA, A. La experiencia analítica. Una objeción a la tortura. 2000. Disponible en: <[http://www.estadosgerais.org/historia/154-la\\_experiencia.shtml](http://www.estadosgerais.org/historia/154-la_experiencia.shtml)>. Accesado en: 22 ago. 2013.
- VIANNA, H. B. *No se lo cuente a nadie. Política del psicoanálisis frente a la dictadura y a la tortura*. Buenos Aires: Polemos, 1998.
- VOLNOVICH, J. *Acerca de la etificación del psicoanálisis. Calamidad, de Jean Allouch*. 1999. Disponible en: <<http://www.psiconet.com.mx/foros/egp/volnovich.html>>. Accesado en: 22 ago. 2013.

*Recebido em 26/4/2011; Aprovado em 20/6/2011.*